

Burbujas

El 1 de octubre volverán a tener vigencia los incrementos tarifarios aplicados en 2008 y que en 2009 debieron suspenderse ante la fuerte presión social, especialmente amplificada por medios capitalinos, por lo que el gobierno decidió darles viabilidad en la época estival, ya que el menor consumo permitiría disimular los incrementos, envuelto en su lógica perversa de tratar de esconder la inflación debajo de una alfombra cada vez más desgastada. Sin embargo, tampoco en ese caso habrá mejoras substanciales para el productor en boca de pozo. Se trata de un problema para el que no sobran soluciones: el país vive con precios energéticos artificialmente bajos y ello se traduce en un consumo que no tiene relación lógica con las necesidades reales. Tal como señaló un columnista de este espacio semanas atrás, en la city porteña hay bares que llegan al extremo de calefaccionar sus veredas, en aras de un precio que se traduce en una alarmante pérdida de reservas gasíferas y una creciente dependencia de la importación. Sin una política de precios que contenga la exigencia de inversiones exploratorias como reaseguro, el país involucionará gravemente al promediar la década que está despuntando, porque no podrá satisfacer los requerimientos de la industria y porque, definitivamente, los usuarios residenciales sufrirán los precios internacionales cuando se acaben las reservas que hoy muestran un horizonte de apenas 8 años.